



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI
ACADEMIA ARGENTINA DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

FILOSOFÍA Y POESÍA EN EL PENSAMIENTO DE ALBERTO ROUGÈS

Blanca H. Parfait

“Su gran barba blanca, que era en él como una divisa, nos anticipaba desde lejos un esbozo de definición: era aquel, indudablemente, un hombre de época ya lejana....Para conocer quién era aquel anciano, habríamos necesitado saber previamente qué es nuestra poesía tradicional... esa poesía, prolongación hasta nosotros de una gloriosa tradición juglaresca, pertenece por su forma, por sus asuntos, por su ideología y en cierto modo por su lenguaje, al Gran Siglo de Oro español que produjo las obras maestras mayores y de más valor universal de nuestro idioma “. 1

Así anticipa Alberto Rougès la presencia de Apolinar Barber, quien había acumulado en su memoria las poesías que la presencia española había depositado en estas tierras y que, habiendo sido recogidas por Alfonso Carrizo, constituían un acervo cultural insospechado hasta las primeras décadas del siglo veinte.

El interés demostrado por nuestro pensador hacia la poesía, creación literaria tan olvidada en la actualidad, estaba sin duda unido a la idea de que todo gran pueblo ha tenido, en sus inicios, un gran poeta, que ha fundado el idioma. Así lo fue Cervantes con el idioma español, Dante con el italiano y Shakespeare con el inglés. La presencia del poeta en los comienzos de un pueblo es un dato poco registrado en la historia, a la que se la ha asimilado a las guerras y, actualmente, a la política y a la

economía, índice de los valores que tienen primacía en la contemporaneidad. Se ha olvidado la palabra fundadora, lo que ha desleído el lenguaje y lo ha vuelto terreno baldío amenazado por el lodazal. Sin embargo, no hay cultura sin un gran poeta, él es el que pule la palabra, descubre los matices y pinta la realidad a través del verbo. No tenemos sino que recordar, en los comienzos de nuestra cultura occidental, la influencia del gran aedo, Homero, quien al darle unidad a los distintos dialectos que se hablaban en la península griega, nos legó el idioma que, con el curso de los años, se fue transformando en las lenguas romances que conocemos.

Lejos de toda duda, es el idioma que se habla el gran impulsor de la unidad entre los hombres, porque un idioma lleva consigo, no solamente las palabras dichas, sino también la historia que se dice con esas palabras, la historia que es la que nos cuenta el desarrollo de hombres y pueblos desde su origen. Historia y poesía nos incitan, desde el comienzo, a deslindar sus campos.

Acostumbrados como estamos a definir la historia como narración de los hechos del pasado y como maestra de la vida- aunque no sea tan cierto y su magisterio haya sido devaluado por el tiempo- olvidamos pensar en su etimología que nos la descubre con su propio significado como “lo que es digno de ser contado”. Ya en él está anclada una valoración, porque no todo lo que sucede en la vida es digno de ser contado; sin duda las pequeñas minucias de la vida cotidiana no lo son, sino que adquirirán esa jerarquía solamente los hechos que revistan dignidad y lo lograrán en la medida en que desaten consecuencias para el futuro. Por lo tanto, todo hecho es, tal vez, neutro en sí mismo pero podrá estar preñado de consecuencias que son las que le darán, simbióticamente, su dignidad de poder y merecer ser contado. Si bien esto es así, todavía nos asalta una íntima sospecha porque no encontramos el lugar de la poesía en la historia: podemos, pues, preguntarnos si es ésta solamente un adorno literario o es tal vez, como pensamos, la expresión más propia de los pueblos. Ya aludimos a su presencia inaugural en el idioma pero, tal vez, sea algo más que esto, porque si ella está unida al nacimiento del idioma como lazo que liga a los hombres entre sí, es esa unión la que inaugura la vida en común de los mismos, es decir que, de algún modo, los funda. Esta cualidad propia de la poesía la une con la filosofía, por lo que podemos atrevernos a pensar que ambas revisten el carácter de fundadoras de cultura.

Todo gran pueblo tiene una gran poesía, mas el adjetivo no designa aquí al pueblo poderoso ni económica ni militarmente, sino al pueblo en su faz más propia, la cultural. “Poesía y filosofía son como dos ríos que se deslizan juntos”, nos advierte Heidegger, corren uno al lado del otro, como dos manantiales en los que se expresa lo más hondo de la civilización. Ya podemos entender de qué estamos hablando, de qué clase de poesía. Aludimos a la poesía que hace vibrar en cada uno de nosotros resortes escondidos de simpatía, es la que nos habla de nuestros propios sentires y es en la que nos reconocemos siendo tales como ella nos canta. Y si hemos sostenido que es el poeta el que da comienzo al lenguaje propio de cada pueblo, es valedero afirmar que es en la poesía donde se gestan los pueblos, es en ella donde se anidan los hechos que, desenvueltos por el tiempo, luego nos los cuenta la historia. La historia se convierte, así, en la narradora de la poesía, es podemos decir, la que nos dice en prosa lo que la poesía despierta y exalta en sus metros.

Por todo ello es que es valedera la expresión aristotélica al decirnos que la poesía es más verdadera que la historia. Y lo es porque está más cerca de la vida

vivida, con sus alegrías y sus miserias, con sus exaltaciones y sus pobreza, con sus tonos elegíacos o melancólicos. Lo es porque mientras la historia menciona lo particular del hombre, el hecho destacado, la poesía se afina en lo universal de la existencia humana.

Subraya Aristóteles esta destacada cualidad de la poesía ya que es, al mismo tiempo la que la define cuando ancla su validez en lo real. Porque toda poesía representa, de algún modo, la vida humana en su universalidad es que, aunque nos hable de una acción particular, siempre se reconoce en ella algo de la vida en general. Más aún, ella es la vida en su faz expresiva, podríamos llamarla la estilista de la vida, ya que la vuelve estética a través de la armonía y el ritmo. Esta singular comunión entre la palabra y el ritmo es la que la hace digna de desenvolverse con altura en la educación de los hombres porque, para el filósofo griego, como nos lo advierte en la *Política*, existe una música con carácter ético, la que es transmitida por la lira y los instrumentos de cuerda, que es la más apropiada para la educación, - recordamos que, entre los griegos, la palabra y lo que actualmente entendemos por música, forman una unidad- y, por ello descarta en la *paideia* el sonido del *aulos* o flauta - que en nuestros instrumentos modernos podría ser asimilado al sonido del oboe- pues considera que está más en consonancia con los cultos orgiásticos.

Esto nos lleva a reflexionar sobre nuestro presente, tan alejado de la poesía en todas sus manifestaciones, en el apartamiento de ella en la educación y en el olvido sistemático en que se encuentra en la actualidad. ¿Será por ello que nuestro lenguaje está cercano al abismo al usar solamente una palabra para todas sus manifestaciones, palabra que se usa para lo bueno y lo malo, lo lindo y lo feo, para el amigo y el enemigo para el varón y la mujer, todo junto, sin distinciones posibles?

Es a la poesía como desarrollo interior a la que alude Rougès: así leemos en sus juicios acerca del libro *Integración del hombre* de Xavier de Bóveda, del año 1935 en el que se refiere a la poesía en profundidad, a la que alude al interior del hombre, a su propia alma y no a la que describe superficialidades de la vida, así expresa que “Tal vez la profundidad no es sino interioridad. Si es así, vamos a encontrar probablemente, en nuestro camino la esencia de las cosas, su significado... pues la vocación del hombre es la espiritualidad. Por ella claman ellos, sin saberlo, cuando arden de sed en medio de la abundancia de los bienes materiales... es la poesía de lo invisible, que solo puede ser captada por la meditación”. 2 Ese camino de interioridad, de meditación profunda, es la vía que nos lleva a lo más íntimo de cada uno, a la vida misma que se descubre así como fuente inagotable de la verdad de la existencia humana.

Porque el poeta es “un hombre que se busca y que se encuentra” y eso es posible hacerlo en la sustancia del tiempo que es el que le revela lo misterioso de la vida, ya que “el hombre es el ser que recuerda el pasado, como pasado, y que profetiza, que entrevé el futuro. Así sintetiza en una totalidad el pasado, el presente y el futuro... por eso puede decir “La arcilla que modelo con mis manos,/ la tierra que roturo con mi esfuerzo,/ la estatua que labro, el poema que compongo,/ están hechos, conmigo, de sustancia de tiempo”. 3

El tiempo, el enigma misterioso que se piensa, ingenuamente, que todo lo oculta y termina revelándolo todo, ese tiempo que se desliza sin cesar y en el que se encabalgan los acontecimientos de toda vida es el que, en su perpetuo movimiento hace y rehace continuamente lo ya vivido. No es el tiempo sino el dibujante de la existencia y ello se advierte al lanzar la mirada al pasado y observar, con sorpresa,

que adquiere otro significado que el que le habíamos dado. Lo que ha sucedido, en verdad, es que es nuestro presente el que ha adquirido otra forma a causa de nuestra propia visión sobre el futuro. En esta intrincada arquitectura que es el armado de cada vida el gran diseñador es siempre el tiempo, que delinea constantemente las intrincadas rutas de la existencia, dándoles el cambiante significado que adquiere ya el pasado desde nuestra perspectiva presente, ya el futuro que nos llama, insistentemente, con provocadora ilusión. Es el tiempo que le hace preguntar a Borges en su poema *El instante* “¿Dónde estarán los siglos?” y afirmar “El hoy fugaz es tenue y es eterno”.

El tiempo, esa gran preocupación de Alberto Rougès, se enhebra aquí con la voz de la poesía, en su particular modulación de la lírica española. Y es a esa forma poética a la que recomienda incluir en los planes de estudio de la escuela argentina, porque une la profundidad interior del hombre, la vida vivida como tiempo deslizado, con la música y con los valores que ella capta en su transcurrir. Es a esa profundidad interior del hombre a la que se deben destinar los más arduos esfuerzos de la educación humana, es a esos valores- que no son sino la transcripción intelectual del alma humana -, a los que intenta llegar Rougès para poder sacar a la luz las reservas inagotables que le permitan al hombre sobrevivir a las épocas, mas bien digamos que es a esa reserva humana a la que se dirigen, de algún modo, los senderos que se entrecruzan en el camino de esos hombres en cuanto señala, implícita o explícitamente, las vías que deben recorrer en pos de alcanzar sus logros.

Tal vez, como diría Hegel, es el Espíritu el que los guía y el que, enmascarándose en los hombres, los lleva a cumplir los designios señalados desde siempre. Esto no significa sino que los hombres son la cara visible del espíritu que se anida en ellos y que da color distintivo a las épocas de la historia. Vida del hombre y vida de la humanidad no son sino las dos formas en las que el Espíritu señala la senda, son las rutas que se muestran a los ojos sensibles y que, de ese modo, vuelven visible el trazado de lo invisible.

La poesía es, entonces, una forma emergente de lo espiritual que debe trabajarse para conocer la totalidad humana, y es una de las pocas maneras en que la tradición se guarda, emocionalmente, en el interior del hombre, ese interior al que alude Agustín cuando dice *in interiori homine habitat veritas (en el hombre interior habita la verdad)*.

Esa poesía, tan sentida, tiene sus raíces, nos lo señala Rougès, en el Siglo de Oro español, en ese fecundo período en el que España brilló sin par. Porque un Siglo de Oro denota el lustre que los hombres nacidos en esa tierra le dan. Y los que vieron la luz en la modernidad europea, dentro de los siglos XVI y XVII en España se abocaron a la expresión meditada y gozosa de la lengua y la conformaron tal como la conocemos, en sus infinitas variantes. La lengua adquirió entonces, y hoy conserva, el tono grave de la planicie castellana, que tan bien cuadra con el plural mayestático, el nosotros del señorío español dado por la cadencia de su métrica. Y para señalar la herencia recibida nada es mejor que dejarse llevar por el idioma que revela, así su parentesco: Ven muerte, tan escondida./ Que no te sienta venir,/ Porque el placer de morir/ No me vuelva a dar la vida./Para cada uno quisiera/ tener mil vidas que dar,/ y almas tantas con que amar/ porque así durar pudiera/su rigor y mi pensar. 4

Podríamos creer que toda esta poesía es obra de la misma mano, sin embargo los primeros cuatro versos se deben al cancionero de Carrizo y los últimos a Francisco

de Quevedo y, si bien no provienen de la misma persona, sí corre en ellos la misma sangre, y late en sus estrofas el mismo espíritu, que es el que nos ha permitido enlazarlos.

Ahora, cuando el esplendor del Siglo de Oro ya ha pasado y son solo recuerdo las glorias militares y el poderío económico en la península ibérica, ahora, entonces ahora, sí se puede decir que es únicamente el idioma el que ha quedado en pie y recorrido los siglos, para dar muestras de la grandeza y miseria de los hombres y de los pueblos.

Por eso el idioma debe ser preservado y cuidado con esmero porque es la cantera de formación de los hombres, y no lo es sólo de comunicación, como a esta época le gusta decir. Y no es un mero cambio de palabras el que hemos hecho porque ese trueque, ese giro lingüístico, hace recaer en la actualidad el acento en la noción de instrumento, de útil, que se le confiere al idioma, como si fuera algo que se pudiera tener en un momento y dejar de lado en cuanto se volviera inservible. Este tratar el idioma como si fuera un útil cualquiera, con sus características de convertirse en material de deshecho en cuanto puede ser dejado de lado a causa de su inutilidad, señala el valor único que la actualidad da a la palabra, porque ahora se la puede reemplazar tanto por el número como por los signos aritméticos, se la puede abreviar hasta deformarla, no colocarle tildes y también se la puede apocopar bastardeándola hasta lo indecible siempre en beneficio de los instrumentos técnicos de comunicación que así lo exigen y del tiempo que nos urge en no perderlo y que, inevitablemente perdemos en la atención que le damos a la parafernalia de la técnica.

La lengua no es un instrumento porque un instrumento supone un mundo ya listo e idéntico, un mundo inmóvil en su significado, un mundo gélido en el que no planea la vida, que es siempre cambiante y novedosa. La lengua es un descubrimiento, un desvelamiento, un hacer resurgir lo que estaba oculto y que se nos muestra ahora a través de la palabra que oficia por sí misma un ritual iniciático. El lenguaje es descubrimiento porque toma los mil matices de la aurora cuando en la palabra nueva se iluminan las múltiples visiones personales y adquieren forma los tornasoles mas diversos, sutiles y delicados.

La lengua es mucho más que un instrumento ya que es, sin duda, la que forma y talla al hombre porque lo adentra tanto en las profundidades del alma como en el misterio del cosmos, es la que le permite el recuerdo y la tradición y es, finalmente, la que dibuja, dentro de cada uno de ellos, las vetas de los sentimientos comprendidos como la razón profunda de la unión entre la humanidad.

¿Qué mejor que la poesía para calar en esa hondura? Porque ella es la única que tiene el poder de llevar a los hombres más allá de lo escrito. Ese poder de sugerencia propio de la poesía, ese producir algo distinto se desprende de su origen griego ya que *poiesis* significa crear, hacer, producir, sí, pero con las palabras, que no es lo mismo que el hacer o producir con las maderas o los clavos; y lo que produce la palabra son los hechos y los sueños.

Este hacer poético nos inquieta y nos atrae porque nos permite, al mismo tiempo, adentrarnos en él e incursionar en otros reinos en los que la imaginación campea. Leemos lo escrito y, al mismo tiempo, lo recreamos, elevándonos a otra dimensión distinta de lo escrito Inauguramos de este modo un nuevo sentido llevados por la sugerencia de la palabra, trasladándonos más allá de lo que leemos. Toda poesía, posee, pues, una doble vertiente: la que se lee y la que evoca o entresueña. Es

por eso que la palabra poética es la que nos instala en otro mundo, más distante, con un espesor más real, tal vez, que lo vivido, porque pone en nosotros matices distintos al elevarnos a otros reinos y nos da alas para volar sin movernos de nuestro suelo.

Es la palabra poética el reino de lo diverso pues ella tiene la capacidad de desligar a la palabra de su vínculo cotidiano y elevarla a otra dimensión. La distancia que crea es insalvable y, si bien puede la palabra no ser exacta como sí lo es el número, en cambio sí es ella rigurosa, porque nada se puede cambiar una vez escrita con justeza. Recordemos los innumerables e infructuosos intentos de Pierre Menard al querer escribir nuevamente *El Quijote* cuando, después de hartos ensayos, dice, asombrado, que ha encontrado el símil justo y recita: En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...

Es la escritura la que revela esa disposición de hierro del idioma que impide mover la palabra del lugar correspondiente ya que, al escribir asoma siempre, en todas las lenguas, la suave pero ineludible mano de acero que indica el lugar justo en el que debe hallarse la palabra para otorgarle un sentido nuevo a lo escrito resaltando su musicalidad. Porque la poesía está siempre, como se dijo, acercándose a la música. Ya sabemos que, también ellos, los griegos, lo sabían, porque ¿no es acaso la música en su sentido más pleno, lo que proviene de las musas? ¿Y qué es esa música sino la gracia propia de la cadencia de la palabra? Es esa ineludible unión de la palabra y la música la que reta, con tantos desafíos, a la ópera cuando sus creadores tratan de dirimir cuál de ellas es la que debe llevar la primacía. La música es el sonido armonioso que subyace en la palabra que se transforma en poesía por el trabajo del hombre y es, asimismo la cadencia musical - que tantas veces obra como lazarillo de la memoria -, la que nos permite evocarla nuevamente cuando lo queramos. Lo grabado en el recuerdo aflora impensadamente en la vida y delinea el camino de la recreación al hacer que surja el pasado reinterpretado en el presente y, al hacerlo, nos muestra nuestra propia vida ya que nos hace reconocernos como personas.

Tal vez, por esos caminos impensados que posee la memoria de cada hombre, se instala en Rougès esa conjunción de alegría ante la poesía vernácula y su ligazón con el Siglo de Oro español. Ahí la palabra vibra nuevamente en su prístino espesor. Evoca otros mundos y, en nosotros, forma la tradición. Educa ella al sentimiento y, por eso, es parte de la estética, esa sensibilidad propia de lo humano.

¿Encontramos sorprendente esta conjunción de palabra, recuerdo y tradición?

No debíamos sorprendernos porque la poesía, al cambiar lo escrito por lo soñado, y arrullada por lo musical de su propia entonación, nos lleva siempre a otro mundo, a un continente distinto del que habitamos cotidianamente. Pero ¿qué es ese otro mundo sino el reino de lo sagrado, ese reino que, hoy, hemos olvidado? Lo sagrado a lo que aludimos no es sino la región de lo misterioso, de lo inexplicable, de lo que nos asombra sin capacidad de respuesta racional, es aquello, en fin que nos muestra el límite de nuestro propio conocer. Hacia este país es el que nos traslada la poesía.

La poesía, como toda obra de arte, tiene su propio lenguaje desconocido pues es hablante de un mundo religioso en el amplio sentido de la palabra *religo*, que no es sino ligar lo que estaba desunido, volver a unir lo que había roto todas las amarras y anulado sus lazos con esa otra región que es la que nos une con la esfera de la sacralidad, lejos de las divisiones seculares en que se ha escindido lo sagrado.

“El arte no viene a mostrarse”, nos dice Murena en *La metáfora y lo sagrado*. “Aparece, es cierto. Por su brillo desusado nos llama. Pero el arte es movimiento. Y pasa. El arte no se interesa en sí mismo: de ahí que, cuando es con intensidad, lo siga siendo de modo tan duradero. El arte, a través de la metáfora, viene a cambiar todos los lugares y criaturas del mundo, para que cada cosa viviente, al comprender que no es lo que creía, pueda ser más, pueda ser cualquier cosa, todo lo que debe. El arte viene a salvar el mundo”. 5

Esta cualidad peculiar del arte como salvación es, quizá, aquella que entrevió Rougès para que podamos, al evocarla, salvarnos impensadamente al unirnos con otro mundo que nos libere de la pesada carga de inutilidades con que nos movemos en éste. Ese otro mundo apareció para salvarnos de la liviandad y la superficialidad de éste, para permitirnos, aún desde nuestra humilde morada y la de todos aquellos que participan en este festín de lo distinto, acceder a lo más propio de cada uno de nosotros, aquello que aún nos aguarda pidiéndonos solamente unirnos a la gran corriente de la humanidad.

La unión del arte con el tiempo y con el mundo distinto, con el recuerdo y, al mismo tiempo con la vida presente es a la que alude nuestro pensador. Es a esa unión la que debe atenderse para que el gran río de la tradición sea carne en nosotros, para que el concepto de patria no se deslíe en los vericuetos de la vida diaria, para que podamos reservar esa preciosa carga que resurgirá en nosotros al primer llamado.

Ésa es la función de la poesía y a ella debemos atenemos si queremos formar personas y ciudadanos, ya que formación no es lo mismo que entrenamiento escolar. Es en la tradición en la que se delinearán esos conceptos, comprendidos por la razón y vividos por el sentimiento.

No de otra manera pensaba Lugones cuando hablaba de la patria y la vinculaba a los poemas épicos ya que “producir un poema épico es, para todo pueblo, certificado eminente de aptitud vital” ya que lo une a la verdad, la belleza y el bien, la famosa trilogía platónica. La formación en los valores es el elemento que considera imprescindible para toda civilización que se precie de tal. Y sostiene que todo poema épico es la puesta en obra de la justicia y la libertad y ellas son incompatibles con el materialismo. Por eso “el verso, el lenguaje habitual de la epopeya, nos merecerá análogo respeto” ya que la poesía no está formada sino de imágenes pronunciadas musicalmente pues “hablar significa tornar sensibles e inmediatos los movimientos ocultos de nuestra mente que llamamos ideas” y toda habla es, fonéticamente, música a través de la palabra. Y concluye que “toda la cultura es asunto de lenguaje...porque ciencia, arte, política, guerra, comercio, dependen de la ejecución de fórmulas y de órdenes que no son sino palabras”.6

Cuidar la palabra es cuidar la cultura de un país. Por ello Rougès señala su importancia en la formación de la tradición cultural. La tradición argentina es entendida, por nuestro pensador, como la “cultura viviente de un país... que no vive ni en los libros ni en las bibliotecas, sino en los que la crean y en el público de éstos”. Considera pues, Rougès, que la cultura está formada por el público y el creador, y que son ellos los que, al darles protagonismo, le otorgan vida. Mas aclaremos que no es que nuestro pensador deseche o deje de lado los libros, los museos, o las bibliotecas, sino que, lo que nos quiere decir, es que todo ese material acumulado debe cobrar vida, debe salir de su encierro para adentrarse en las venas del país y formar el río cultural. Solamente así tendremos una tradición, en la que los nuevos hacedores se

instalarán y harán esa corriente subterránea que nos formará como país y en la cual nos reconoceremos.

Es por eso que pone en su acento en la falta de preparación espiritual de los egresados de las escuelas públicas tanto de la enseñanza superior como de la universitaria de nuestra patria porque son ellos los que deben, luego, dirigir el país. Así nos dice “Ellos tienen en la sociedad un papel dirigente, el prestigio de sus títulos los hace modelos que se imitan: ellos detentan las funciones públicas más importantes...dan su orientación a la sociedad”. 7

La falla de la educación pública la encuentra Rougès en que “no da lo más esencial al hombre y lo que más interesa a la sociedad, ya que le va la vida en ello: la percepción y la estimación de los valores espirituales” 8, y si bien carga el acento en las ideas europeas, el racionalismo francés del siglo XVII y el materialismo del siglo XIX, a las que acusa de falta de fe en la vida, no está, sin embargo, errado, cuando considera que la educación está dirigida por guías ciegos porque se han alejado de las fuerzas espirituales que dan vida a las naciones y a las que es urgente restaurar. Estos guías ciegos atienden solamente el presente, olvidándose que toda educación es un puente hacia el futuro, que se debe construir teniendo como meta la edificación futura de la ciudadanía y de la república tanto como la formación del hombre pensante. Esa vista orientada hacia el tiempo por venir es la que falta, actualmente, a la educación porque es, como diría Ortega que “los educadores, sobre todo cuando van inspirados por su afán de dar una educación práctica, piensan que lo que hay que hacer con los muchachos es prepararlos para la vida tal cual es, dejando de lado las disciplinas y los modos que parecen ornamentales, suntuarios y superfluos”. Sin embargo, señala en su crítica a ese afán de utilidad, que, como la historia es siempre cambiante, “cuando más prácticamente preparado” (esté el joven para el presente de su vida en que le enseñaron), “más desajustado queda para la (vida) que tiene que vivir y en la que tiene que actuar”.9 De ahí el nombre de guías ciegos que le adjudica Rougès a los educadores y que tan bien les cuadra a los que hoy dirigen, en muchos casos, la educación del país.

Poesía, educación, tradición son las ideas en las que insiste constantemente nuestro pensador porque su ligazón es entrañable y ese anudamiento de conceptos debe formarse desde la educación primera, desde el hogar y, luego, desde la escuela. No hay otra forma de hacerlo porque si la sensibilidad, que es la raíz de fondo de todo este conglomerado, es dejada de lado en los primeros años, si es rechazada desde sus primeros atisbos, habrá muy escasas posibilidades de que el que esté criado fríamente, pueda, luego, incorporar y desatar desde dentro de sí mismo ese filón tan enriquecedor de las experiencias de la vida.

Todo ello es necesario para que la patria aflore. Ella, nuestra patria, es la que adquiere su primera figura en el suelo de la pampa interminable y fecunda y en las empinadas montañas, blancas por las nieves que las coronan, o tapizadas de verde, o trasuntando los mil colores que revelan los minerales que se guardan en su seno; patria es también el azul en el que se dibujan las estrellas de nuestro cielo, que nos orientan y nos encantan, con la graciosa cruz del sur tendiendo sus brazos hacia la vía láctea, y es también el glauco amanecer de nuestro océano, el leonado de nuestros ríos que llevan en sí el limo de nuestra tierra y es ella, asimismo, la que se dibuja en los largos atardeceres de la Patagonia y en los cambiantes colores con que se pintan los días que se iluminan al calor del sol del norte. Ella es el rosado de los lapachos y el

lavanda de los tarcos, el rojo restallante de la flor del ceibo y el amarillo de las tipas y las orquídeas autóctonas que nos regalan el samohú y el yuchán, nuestros palos borrachos. Ella es todo eso pero más aún es el espíritu que en ella anida y que florece en nuestros poetas, en nuestros artistas, en nuestros pensadores, en nuestros héroes, en nuestros hombres de trabajo y de empresa y en todos aquellos que, de una manera u otra están contagiados por la misma intensidad en el sentir y en el querer. Y es sobre este magma que se enciende el nombre de la patria cuando la comprendemos como la región de los sentimientos compartidos y del reconocimiento del otro como parte de nosotros mismos. Ella es el signo de los afectos indelebles, de las emociones que nos aprisionan el corazón cuando vemos nuestra bandera ondear en sitios lejanos. Ella, nuestro símbolo representativo, nos da la absoluta certeza del reconocimiento y de la guarda de todos en sí y nos proporciona, al mismo tiempo, la cantera de significaciones en la cual abrevamos para salir fortalecidos y poder iniciar nuestro propio camino. Patria es la tradición que nos ha formado, patria es el idioma en el que hablamos las primeras palabras, patria es la unión de todos bajo la misma hermandad. Si logramos hacer esa fusión tendremos una patria, si no, ella será solamente una palabra hueca y vacía.

La patria como tradición, como unión en la diversidad construida sobre razas tejidas en idéntico telar, hecha sobre historias desgarradas y amaneceres luminosos, será la meta hacia la cual deberemos orientarnos para que todo lo soñado se convierta en una esplendente realidad.

Y a pesar de los innumerables obstáculos que se nos plantean en el camino, con optimismo y confianza que no conocen desmayos, hacia tu nombre hecho carne en nosotros, hacia tu luz, patria, con la esperanza intacta, nos dirigimos.

Notas

1. Rougès, Alberto, "Don Apolinario Barber", *Ensayos*, San Miguel de Tucumán, Fundación Lillo, 2005, p.232.
2. Rougès, Alberto, "Poesía en profundidad", *ibid.*, San Miguel de Tucumán, Fundación Lillo, 2005, p. 220/1.
3. Bóveda, Xavier de, cit, por Rougès, Alberto, *ibid.*, p. 223
4. Carrizo, Quevedo, Francisco de, *Obras completas*, (En verso), Madrid, Aguilar, 1952, "Quintillas", p. 36
5. Murena, Héctor A., *La metáfora y lo sagrado*, Caracas- Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1973, p.70
6. Lugones, Leopoldo, *El payador*, Buenos Aires, Centurión, 1944 (2da.edic.) , p.44
7. Rougès, Alberto, "Educación y tradición", *op.cit.*, San Miguel de Tucumán, Fundación Lillo, 2005, p.242
8. Rougès, Alberto, *ibid.*, p.244